



PRIMEROS CAPÍTULOS

*Thrilled to announce that **World Spanish & Catalan** rights to the amazing Vesalio's Secret by Jordi Llobregat have just been sold to Silvia Sesé at Ediciones DESTINO (Planeta), who plans to publish the book in May 2015.*

Also,

***World English** rights have just been sold to Jon Riley at QUERCUS.*

***German** rights to Eva Schubert at BLANVALET (Random House Germany).*

***French** rights to LE CHERCHE MIDI.*

***Italian** rights to LONGANESI (GMS group).*

***Brazilian** rights to PLANETA Brasil.*

***Portuguese** rights to PLANETA Portugal.*

***Dutch** rights to Nelleke Geel at MERIDIAAN UITGEVERS.*

***Polish** rights to SONIA DRAGA.*

***Czech** rights to HOST.*

***Greek** rights to PATAKIS Publishers.*

***Hebrew** rights to Ziv Lewis at KINNERET ZMORA.*

***Simplified Chinese** rights to Gloria Masdeu at SHANGHAI 99.*

***Complex Chinese** rights (Taiwan) to DELIGHT PRESS.*

***Japanese** rights to SHUEISHA.*

... futher languages rights to be included on this list very soon.

1

1888, Barcelona.

Port Vell. Cerca del muelle de Lazareto.

Tras escudriñar las sombras por tercera vez, el viejo maldijo entre dientes. El silencio le rodeaba, un silencio tan solo roto por el golpeteo del agua contra el casco. La lluvia, azotada por el viento, caía a rachas sobre la barca y empapaba la toldilla y las cajas de tabaco almacenadas debajo. A esas horas, cuando la mañana empezaba a insinuarse, la bruma envolvía el Port Vell y el muelle, y los barcos anclados y los edificios de las atarazanas eran simples borrones; apenas se intuía el borde de la costa y cabotear tan cerca de las escolleras del puerto se convertía en algo muy arriesgado. Sin embargo, lo había hecho antes cientos de veces y todavía lo haría algunas otras más. No estaba inquieto por esta razón. Lo que le hacía sentir como si tuviera lastre en el estómago era la certeza de que aquella noche algo iba a salir rematadamente mal.

Se alzó la brisa y picó el agua. Sus ojos, cercados por una legión de arrugas, escrutaron la embarcación desde la proa, donde dormitaba su hijo, hasta la vela de algodón —bien sujeta al mástil—, que comenzó a drapear. Tiró del cabo con la habilidad de la costumbre y, tras comprobar satisfecho cómo la lona volvía a llenarse de aire, lo aseguró en la bita de madera. Contrajo las manos y sus dedos cubiertos con guantes de lana protestaron como cuerdas viejas. La humedad le calaba los huesos haciendo inútiles las pesadas ropas que vestía. Suspiró. Cada día se le hacía más duro aquel trabajo, dentro de poco no podría manejar la barca. De hecho, intuía que no llegaría a ver el final de siglo, ni las maravillas que todo el mundo anunciaba, aunque, ¿a quién le importaban esas malditas máquinas? ¿Qué chiflado podía creer que eran

mejores aquellos ruidosos artefactos que los buenos brazos de un hombre? Escupió al agua y viró el timón una cuarta.

Dejaron la montaña de Monjuich a babor y la ciudad, antes invisible, fue perfilándose poco a poco entre la bruma. El viejo condujo la embarcación hacia las inmediaciones del muelle de Lazareto donde le esperaban para descargar, evitando así probables miradas desde el castillo y a los buques de vapor que a esas horas empezaban a cruzar las aguas.

La corriente les empujó hacia las rocas. Aferraba la caña para corregir el rumbo cuando un movimiento en la superficie del agua reclamó su atención. Cerca de la dársena la niebla era menos densa y podía distinguir el rompeolas salpicado de espuma. A pocos metros, entre maderos y restos de aparejos, flotaba un bulto de gran tamaño. Al instante, el mar lo cubrió y no volvió a emerger. El viejo chasqueó la lengua y esperó. No sería la primera vez que uno de los mercantes perdía parte de la carga. Un golpe de suerte para aquellos que la hallaban.

Pasó el tiempo y empezó a creer a regañadientes que su mente le había jugado una mala pasada. Se disponía a sacar la barca de la corriente cuando escuchó un chapoteo. El bulto apareció de nuevo, unas brazas más cerca, balanceándose con el oleaje. El viejo amplió la sonrisa hasta mostrar sus dientes ennegrecidos y desplazó el timón. Al llegar a su altura, comprobó que se trataba de un cajón de roble tan grande como una barrica de vino. Por los sellos estampados en la madera dedujo que era francés. Todavía mantenía las sogas fuertemente atadas; por tanto, se conservaría estanco, lo que resultaba muy importante: la mercancía del interior no estaría estropeada por el agua. Los *gabachos* solían transportar porcelanas, paños de calidad y licores. Cualquiera de estas mercancías bastaba para sacar una buena tajada. Sujetó el timón y volvió la vista hacia su hijo.

—*Apa*, levanta y coge el bichero.

El joven lo miró sin comprender hasta que descubrió el cajón flotando a su lado. Se alzó a trompicones y rebuscó bajo la bancada. Tras apartar la red de pesca y unas cuerdas, extrajo una larga vara con un gancho en su extremo. Siguiendo las

instrucciones de su padre, tendió la percha hasta atrapar una de las sogas que lo ceñían. El viejo, provisto de un regatón, tiró de otro lado. Poco a poco, lo arrimaron al costado de la barca y se aprestaron a subirlo a bordo.

—Venga. Con cuidado... ¡Santo Dios!

Una garra antropomórfica de dedos afilados aferró el brazo del anciano. Incrédulo, se quedó mirándola paralizado mientras aquello tiraba de él hacia las aguas oscuras. Antes de que pudiera reaccionar, una ola balanceó el bote y la fantasmal aparición se desvaneció ante sus ojos como si no hubiera existido.

El muchacho corrió por la cubierta y tiró de la tela que envolvía el fanal. La luz rasgó la oscuridad revelando a una criatura aferrada a las sogas que ceñían el cajón. A duras penas se sostenía por encima del agua. En su rostro, dos huecos oscuros ocupaban el lugar de los ojos. Su semblante se deformó en una mueca grotesca al intentar hablar pero, en lugar de palabras, de su boca brotó un balbuceo ininteligible seguido de un gemido. No parecía que pudiera aguantar mucho más los embates del mar.

Tras un instante de duda, el viejo ordenó a su hijo:

—Mantén quieto el cajón.

El muchacho no se movió. Lívido, no lograba apartar la mirada del engendro. En ese instante, una nueva ola los volvió a separar.

—¡Demonios, hijo!

—Padre, ¿está... está usted seguro?

El cajón empezó a hundirse.

—*Vinga!*

El chico tomó la percha de nuevo y, engancho una de las sogas, retuvo el cajón contra la barca mientras su padre aseguraba las piernas en la bancada y así con ambas manos el brazo que le tendía la criatura. Su tacto era resbaladizo y emanaba un olor agrio. El viejo cerró los ojos, tomó aire y tiró con fuerza. La barca se meció de lado a lado, pero con su acción combinada padre e hijo lograron sacarlo del agua.

La criatura rodó sobre la cubierta hasta quedar tendida de espaldas. En lugar de cola de pez, como el viejo esperaba, tenía piernas. Estaba completamente desnudo, carecía

de vello y su piel era tan blanca que parecía transparente. En su estómago asomaban los bordes ennegrecidos de una herida terrible. Al muchacho le recordó a los peces descamados de la lonja.

El viejo se acercó con cautela, se inclinó y tanteó aquel torso intentando encontrar alguna señal de vida. Se estremeció al sentirlo frío y áspero. Presionó levemente y su mano se hundió en la carne como si esta fuera manteca. Un hedor putrefacto emanó del interior. El anciano se apartó a trompicones hasta caer entre las cajas de tabaco, apenas controlando su horror. Su hijo se apresuró a socorrerle y aferrados el uno al otro observaron la maltrecha figura inmóvil.

—Padre, ¿qué hemos subido a la barca?

—Como que Dios es Cristo que no tengo idea.

De repente, el cuerpo de la criatura se iluminó con un resplandor y trazó bajo la piel un dibujo similar a las ramas de un árbol. Tras un singular parpadeo, el fulgor desapareció tal y como había venido. Padre e hijo se santiguaron al unísono.

RETORNO

Veinticuatro días antes de la inauguración de la Exposición Universal

2

—Esto es todo, caballeros.

Un clamor de bancos deslizándose se elevó sobre el silencio del aula. Desde la tribuna, el joven profesor recogió los papeles y los guardó en su cartera mientras observaba el desfile de estudiantes hacia la salida. Deseaba aparentar seriedad, pero su sonrisa le traicionaba. Acababa de concluir su segunda semana de clases en la universidad, la misma en la que se había titulado tan solo unos meses antes.

Sus pasos le llevaron junto a uno de los ventanales del aula. Fuera, nubes oscuras cubrían el cielo, pero, a diferencia de otros días, el gris de ese ambiente no enturbió la felicidad que sentía. Un largo y tortuoso camino le había llevado hasta aquel atril y maldita sea si no se lo había ganado. Su mirada recorrió los edificios del campus. Estaba a punto de soltar un suspiro de satisfacción cuando una voz le reclamó a su espalda:

—¡Profesor Amat!

En la puerta esperaba un estudiante.

—¿Sí?

—Disculpe, profesor, sir Edward desea verle.

—Enseguida voy.

Qué bien sonaba. Profesor. Profesor y miembro del Magdalen College, uno de los más prestigiosos colegios de la Universidad de Oxford. Cubría la baja del doctor Brown, por desgracia enfermo de gota, pero eso no le restaba importancia. No tardaría en obtener un puesto propio. La oportunidad ya se había presentado y no pensaba dejarla escapar. Recogió sus pertenencias y dejó la sala donde pasaría el trimestre impartiendo clases de griego. En el pasillo, notó las miradas que seguían sus pasos. Los alumnos todavía le observaban con curiosidad.

Al salir al exterior se ajustó la toga. La lluvia, acompañada de un viento helado,

recorría el campus. Aunque se encontraban a finales de abril, los días continuaban siendo fríos. Tomó el camino de tierra con andar rápido, consciente del bullicio que brotaba del interior de las aulas y se extendía por todo el *college*. El curso lectivo estaba en su apogeo. Dejó a su derecha la capilla donde el coro ensayaba y atravesó el pórtico que conducía a un patio rodeado de edificios cubiertos de hiedra. Sin dudar, encaminó sus pasos por el sendero de grava que partía en diagonal el parterre central. Se estaba empapando pero no le importó, se sentía tan bien que apenas contenía las ganas de dar saltos.

Walter le abrió la puerta en cuanto lo vio acercarse. El anciano era toda una institución en el Colegio. Decían los estudiantes que ocupaba aquel puesto de conserje desde la fundación de la Universidad, algo sumamente improbable dado que la institución existía desde cuatrocientos años antes. Sin embargo, aquel cuerpo encogido como una pasa y su rostro cubierto por innumerables arrugas hacían preguntarse si el rumor no tendría algo de cierto. El anciano era bien conocido por sus trapicheos; podía conseguir tabaco, licor o cualquier otra exquisitez por un precio conveniente. Por supuesto, en el Colegio esta clase de transacciones estaban prohibidas, por lo que el negocio de Walter prosperaba.

—Señor Amat... Oh, disculpe —Su media sonrisa le traicionó—. *Profesor Amat...*

Daniel inclinó la cabeza y le saludó a su vez. Sabía que, a pesar de considerarlo un «maldito extranjero» —tal y como lo había llamado la primera vez que se conocieron—, el anciano le apreciaba.

—Señor Walter, ¿cómo se encuentra esta mañana?

—No tan bien como usted, supongo. Hace un frío de mil demonios y me duelen todos los huesos.

—Creo que una solución de yodo le iría perfectamente. También puedo aconsejarle un excelente médico.

La cara del anciano adoptó un gesto ofendido.

—¿Por quién me toma? A buenas horas iba yo a fiarme de un matasanos.

Daniel sonrió.

—Sir Edward me está esperando.

—Por supuesto, profesor, suba, suba. No se demore por culpa de este viejo achacoso que en cualquier momento abandonará el mundo de los vivos.

Daniel no consiguió evitar una carcajada.

—Gracias, señor Walter. Más tarde quizá necesite una de esas botellas que guarda en su almacén.

—Veré qué puedo hacer. —Esbozó una mueca que quería ser resignada—. No le prometo nada. —Le dio la espalda y se internó murmurando entre las sombras de la portería.

Daniel subió la escalera mientras pensaba en los ilustres profesores que habían pisado aquellos mismos escalones. En un instante alcanzó el primer piso. La puerta del despacho del rector, situada al final de un corto pasillo, estaba entornada. Daniel llamó prudentemente. Una voz le invitó a entrar.

El lugar de trabajo del veterano rector era austero. Una alfombra cubría el suelo hasta chocar como una ola contra el escritorio que presidía la habitación y una biblioteca de nogal recorría las paredes de uno a otro lado. Al fondo, a la izquierda, entre dos sillones orejeros, un fuego ardía en una chimenea de estilo victoriano adornada con un cuadro de la batalla de Bannockburn. Daniel conocía bien aquel despacho. Allí había pasado muchas horas, algunas de ellas las más felices que recordaba. El rector había sido su tutor durante los primeros años que pasó en el colegio. Con el tiempo, la incipiente amistad se convirtió en una relación similar a la de un padre con su hijo.

—Querido Amat, no se quede en la puerta.

Pasada la cincuentena, las ojeras y el pelo lacio en franca retirada, no borraban la expresión bonachona del rostro de sir Edward Warren. Historiador muy bien considerado en los círculos intelectuales más selectos, gozaba asimismo de un considerable prestigio como orador. Experto en lenguas muertas, la misma materia que Daniel enseñaba, había accedido diez años antes al cargo de *president* o rector —como él prefería llamarse—, tras fallecer su predecesor.

—¿Cómo le ha ido el día? —preguntó.

Daniel intentó ordenar los pensamientos, aunque su mente se empeñaba en saltar de uno a otro. Se sentía eufórico y abrumado, todo a la vez.

—Eh... estupendo, sir Edward.

—Me alegro mucho. Ya sabe que tengo muchas esperanzas puestas en usted.

—Gracias, señor, espero ser merecedor de su confianza.

El rector descartó la duda con un gesto de la mano y se balanceó en el asiento poniéndose más cómodo.

—¿Cuánto hace que llegó usted a Oxford? ¿Seis años?

—Casi siete.

—¡Siete! Cómo pasa el tiempo, demonios. —Entrecerró los ojos—. Aún lo recuerdo a usted entrando por esa puerta recién llegado de Barcelona.

A Daniel se le oscureció la cara. El rector, ajeno a su reacción, continuó rememorando.

—Sí... Completamente empapado a causa del aguacero de aquella noche, y con su maleta como único equipaje. Las primeras palabras que me dirigió fueron tan ininteligibles y su aspecto... Dios mío, ¡horrible! Por un momento estuve tentado de llamar a la policía, ¿lo sabía? —preguntó, soltando una carcajada.

Daniel negó con la cabeza.

—Siempre me he preguntado qué le motivó a venir. Ha sido usted muy discreto al respecto.

—Usted sabe que Oxford es conocida como la mejor universidad del mundo. Simplemente deseaba estudiar aquí.

—Sí, sí, sin duda. —Se irguió sir Edward—. Lo cierto es que hace mucho que dejó de ser aquel muchacho... Se ha convertido en todo un hombre, con un brillante porvenir.

—Eso espero, señor.

—Pues claro, Amat —añadió entusiasmado el rector—, estas dos semanas ha sustituido al señor Brown de un modo más que satisfactorio. Justamente, por ese

motivo quería verle.

Sir Edward hizo una pausa antes de proseguir.

—Su capacidad está fuera de toda duda. Nos ha dado razones más que justificadas para sentirnos satisfechos. Ayer, los miembros del departamento académico nos reunimos en el encuentro mensual. Entre otros asuntos, acordamos por unanimidad ofrecerle un puesto en la asignatura de Lenguas Clásicas para el resto del curso. ¿Qué le parece?

Una intensa emoción inundó a Daniel. No esperaba aquel ofrecimiento tan pronto. Sir Edward amplió la sonrisa ante la reacción de su protegido.

—Bueno, ¿qué me dice? ¿Acepta o no?

—Por... por supuesto, señor. Claro. ¡Es... es fantástico! Le estoy muy agradecido, señor. Todo se lo debo a usted.

—Tonterías. Esta oferta es el fruto de su esfuerzo. La dedicación que ha mostrado nos ha asombrado a todos. Pocas veces he visto a alguien tan dotado como usted.

El rector se levantó y fue hacia una bandeja de bebidas. Llenó dos copas de *brandy* con generosidad.

—Creo que esta noticia va a satisfacer también a mi hija, ¿no cree? —añadió socarrón—. Me congratula pensar que pronto se convertirá en mi yerno. Esta noche, como ya sabe, vamos a celebrar una velada ciertamente especial. Anunciar su compromiso me hace muy dichoso. Alexandra es todo lo que me queda. Usted la hará feliz, estoy seguro de ello.

—Amo a su hija.

El rector asintió complacido, le ofreció una de las copas y susurró:

—Deseo prevenirle para que luego no me lo reproche. Alexandra es, al igual que su madre, una criatura maravillosa. Hermosa, con grandes aptitudes, bien educada para llevar la casa y... con un insoportable e impredecible temperamento galés —le guiñó un ojo—. Al fin y al cabo, ¡Gales es país de dragones!

Se echaron a reír los dos. Daniel apreciaba profundamente a aquel hombre que pronto se convertiría en su suegro. Le había acogido cuando más necesitado estaba. Sin

exigir explicaciones, le ofreció su saber y su amistad. Cuando creía haberlo perdido todo, sir Edward le había brindado una nueva oportunidad. Jamás podría devolver todo lo que había recibido de él.

—Brindemos, Amat, ¡por los nietos que me va a dar!

Entrechocaron las copas y Daniel se mojó los labios por deferencia al rector. Después se levantó, dejando casi intacta su bebida sobre la mesa.

—Sir Edward, me requieren algunas cuestiones antes de la cena de esta noche. Con su permiso, me retiro.

—No faltaba más. También a mí me ha llegado el rumor de cierta fiesta organizada por sus antiguos compañeros. No se preocupe, mis labios están sellados. Aunque no se le ocurra llegar tarde a cenar o Alexandra le matará.

Sir Edward rió con ganas mientras acompañaba a Daniel hasta la puerta.

—Ah. —Se detuvo—. Casi lo olvidaba. Espere un instante.

Volvió al escritorio y rebuscó entre los documentos que había sobre la mesa hasta que, con gesto de triunfo, levantó en el aire un sobre color mostaza.

—Esta mañana ha llegado esta comunicación para usted.

—¿Un telegrama? ¿Para mí?

—Así es, expedido en Barcelona.

Daniel cogió el sobre de la mano tendida del rector; sus nervios le traicionaron y a punto estuvo de dejarlo caer. El anciano no advirtió su turbación y Daniel consiguió guardar el telegrama en el bolsillo de su abrigo sin más incidentes.

—Si me disculpa, lo leeré más tarde. Tengo... muchas cosas que hacer todavía.

—Vaya, vaya.

Daniel salió por la puerta y se marchó lo más rápido que sus temblorosas piernas le permitieron.

Al llegar a su antigua habitación se dejó caer sobre la silla. El final de sus estudios, la concesión del puesto de profesor y el compromiso con Alexandra se habían sucedido

tan rápido que no había tenido tiempo de mudarse. Sus baúles esperaban en un rincón. Le faltaba empaquetar los libros y algo de ropa. Sin embargo, en aquellos instantes no le importaba lo más mínimo. El júbilo de la mañana se había esfumado. La inesperada oferta de trabajo y su cercana boda parecían formar parte de la vida de otra persona. Dirigió la vista hacia el pequeño sobre que esperaba encima de su escritorio.

¿Cómo era posible después de tanto tiempo?

Llevó su mano hasta la nuca con el mismo gesto inconsciente de los últimos siete años. Las yemas de sus dedos recorrieron los pliegues encallecidos que el fuego había grabado para siempre en su piel. Aquellas aristas de carne muerta no dejaban de recordarle su pasado. A punto estuvo de soltar una carcajada. Qué ingenuo había sido al creer que todo acabaría en el olvido. Un simple telegrama había bastado para romper aquella ilusión en pedazos.

Abandonó la silla y se acercó a la mesa. De un manotazo recogió el sobre y lo rasgó. Contenía un papel rosado doblado en dos. Sus ojos se pasearon sin leer por las filigranas de la escritura hasta que logró serenarse y centrar la vista.

Siete años se esfumaron de golpe.

Dejó caer la vista un momento y se sostuvo contra el marco de la ventana. A sus pies, los campos del Colegio desaparecían bajo la lluvia oscura y continua. Después de tantos años, lo habían encontrado. Sabía que más pronto o más tarde podía suceder, pero nunca imaginó que fuera así. Se preguntó si debería experimentar alguna clase de dolor o pena, aunque, dentro de sí sólo encontró rabia y culpabilidad. Cerró los ojos y apoyó la frente contra la ventana. Intentó detener la cascada de angustia. Apretó las mandíbulas y su cuerpo se tensó. El dolor recorrió la vieja cicatriz como un latigazo. Estrujó el telegrama entre las manos y lo lanzó lejos. Sólo entonces las lágrimas asomaron para mezclarse con las gotas de lluvia que corrían por el cristal.

3

Los ronquidos resonaban en el cuartucho. La sabana claveteada contra la ventana intentaba sin éxito evitar la entrada de luz. Era la típica habitación de casa de huéspedes del Raval. Un antro tan bueno como cualquier otro donde caerse muerto. Minúsculo, mal ventilado y con goteras, solía ocuparse por temporadas. El inquilino de ésta llevaba ahí cinco meses.

—¡Por Dios y todos los santos!

De entre las mantas emergió una figura contrahecha. Sus ojos saltones miraban a uno y otro lado de la habitación intentando comprender dónde se encontraba. Al poner un pie en las tablas del suelo cayó de espaldas sobre el jergón. Las manos en la cabeza y maldiciendo otra vez; arrastraba las palabras como si su garganta estuviera llena de arena.

—Vino de Alsacia, ¡y un cuerno!

Gruñendo, el hombre bajó de la cama a trompicones. Se irguió en su corta estatura y titubeó inseguro sobre sus piernas. Llegó a duras penas hasta la mesa que hacía de escritorio y apartó a manotazos un montón de periódicos atrasados y hojas garabateadas. Por fin, soltó una exclamación de triunfo al sostener en el aire un pesado reloj de latón. Abrió la tapa y al ver las manecillas marcando casi mediodía su aturdimiento desapareció de golpe.

—No es posible. No puede ser tan tarde.

Corrió por la pequeña habitación cubierto tan solo por unos calzones. Llenó la bacina y se lanzó agua helada a la cara con movimientos enérgicos mientras farfullaba maldiciones. Como el dolor en la sien no remitía, resolvió meter allí la cabeza. Tiritando, se secó con la esquina de una de las mantas. En un minuto, se calzó pantalones, camisa y botines. Dio un sorbo a una taza de café que reposaba encima de

la mesa y al momento se arrepintió. Estaba helado y sabía a agua estancada. Recordó que era la cuarta vez que usaba el mismo grano. Tras coger de la percha el canotier y una chaqueta de cuadros, salió de la habitación. Bajó por la escalera mientras se anudaba la pajarita.

—¡Señor Fleixa!

Un hombre de abultado vientre se interpuso en su camino. Sus ojos entornados le miraban con irritación. Apestaba a ajo, lo que no ayudó a despejarle la mente.

—¡Señor González! Justamente estaba pensando en usted. ¿Cómo está su santa esposa?

—Me debe usted tres meses de alquiler y a punto está de expirar el cuarto.

—¿Tres meses? ¿Es eso posible? Bien, no se preocupe, amigo mío. Estoy a punto de cobrar unos atrasos, de unas gacetillas, e inmediatamente le satisfaré esta ridícula deuda. Ya sabe usted que los periodistas de renombre tenemos ciertas obligaciones sociales y, lamentablemente, he tenido algunos gastos imprevistos.

—Ya me conozco yo sus obligaciones sociales. El mes pasado me dijo lo mismo.

—Debe de haber alguna confusión. Su señora me concedió, muy amablemente, un aplazamiento.

—¿Jacinta? ¿Cuándo ha hablado con ella?

—Ayer al mediodía.

—Pero si ayer iba a misa de doce...

—Vaya, pues sería más tarde. No me haga caso. No imagina lo olvidadizo que puedo llegar a ser.

Una mueca de comprensión empezó a dibujarse en el rostro del casero. Fleixa pensó que tal vez no había sido prudente mezclar en este asunto a Jacinta y mencionar el acuerdo al que habían llegado tras el fogoso encuentro del día anterior. Todo el barrio sabía que el señor González era de escasas entendederas, pero quizás empezaba a barruntarse los cuernos que su señora le plantaba de tanto en tanto. Por si las moscas, valía la pena zanjar aquello rápido. Vislumbró un hueco a la derecha de González y se coló por allí antes de que este pudiera reaccionar.

—¡Espere un momento!

Fleixa se hizo el sordo y siguió bajando por la escalera.

—Le prometo que a final de este mes le pagaré —gritó una vez abajo.

Salió por el portal perseguido por los insultos del señor González.

Caminó a buen paso mientras se arrebujaba en su chaqueta. La podredumbre invadía el barrio, el hacinamiento era natural en el Raval desde que, años atrás, se instalaran fábricas y las estrechas calles se poblaran de inmigrantes procedentes de toda España atraídos por la creciente oferta de trabajo. A pesar de todo, a Fleixa le gustaba residir allí, pues aquella acumulación de gentes tan diversas también lo hacía un lugar lleno de vida. El agua corría por los adoquines como un arroyo, el alcantarillado no conseguía absorber toda la lluvia que caía desde hacía días y las calzadas de tierra se habían convertido en trampas de barro. Fleixa iba mirando suelo y cielo alternativamente.

—Si sigue lloviendo así, un día vamos a acabar en el puerto. ¡Vaya final de primavera!

Se cruzó con el tendero de un colmado que vaciaba un cubo en la calle y con un par de carboneros que arreaban su carro echando miradas sin disimulo hacia un grupo de mujeres. El periodista les dirigió un cortés saludo a las señoras como era su costumbre. A pesar del frío iban ligeras de ropa, aunque procuraban refugiarse en un portal. Una de ellas, de la que colgaba un niño con el pelo revuelto, se separó de las demás para dirigirse a él.

—Dolors te andaba buscando ayer noche, perillán.

—Hola, Manuela. ¿Qué te has hecho? Te veo especialmente guapa.

La mujer se mesó el cabello y le dedicó una sonrisa que mostró sus escasos dientes. Su escote abierto anunciaba como fruta madura unos voluminosos pechos, que bailaban contra la cara del niño dormido. La mujer olía a aguardiente, cebollas y leña quemada.

—No sé qué te da, cariño, pero cuando te aburras de ella puedes venirte conmigo.

Fleixa sonrió a su vez.

—Anda, sé buena y dile que la veré esta noche.

Como respuesta le soltó un bufido y, con un revoloteo de su falda, se dio la vuelta para volver con sus compañeras.

Fleixa dejó la callejuela y desembocó en las Ramblas, que a esas horas estaban muy concurridas. Carros cargados de frutas y verduras para la Boquería, coches de punto, el tranvía de la línea de la plaza Cataluña haciendo sonar su tradicional toque de campana, amas de cría, cerilleras, vendedores de flores y periódicos, y paseantes ociosos se disputaban el espacio. Sin entretenerse, cruzó el paseo, se internó por la calle del Pi y, al cabo de unos pocos minutos, llegó a la sede del periódico.

El *Correo de Barcelona* se había fundado once años atrás. En ese tiempo, el periódico había conseguido hacerse un hueco entre los principales diarios de la ciudad. Cada mañana, los vendedores gritaban su nombre junto al monárquico *Diari de Barcelona*, *La Vanguardia* del Partido Liberal o el recientemente creado *Noticiero Universal*, que se decía independiente. El exigente lector barcelonés estaba ávido de noticias y los diarios constituían la mejor forma de estar informado. La sede del *Correo* ocupaba las cuatro plantas de un vetusto edificio de estilo gótico. La portada de piedra aportaba una imagen de respetabilidad que satisfacía a los propietarios del rotativo. Nada más cruzar sus puertas, el conserje saludó a Fleixa con el tono despectivo que usaba con todos los empleados excepto con el director del diario.

—Señor Fleixa, llega usted tarde.

—Serafín, la noticia no tiene horario.

—Eso cuénteselo usted al señor Sanchís, desde aquí le he oído gritar su nombre.

Don Pascual Sanchís era el director del *Correo de Barcelona*. Nadie recordaba cuándo fue la última vez que había sonreído. Quizás aquel día en que Josep Llanera documentó un comprometido desliz amoroso del concejal Rusell y se vendieron hasta tres tiradas en la calle. Aficionado a los habanos, su despacho parecía una sucursal del Times a causa del humo. Más que fumarlo, masticaba el enorme Montecristo que llevaba siempre colgado en la boca. Su mano férrea era famosa y el verdadero motivo del éxito del *Correo de Barcelona*.

Fleixa subió las escaleras preocupado. Mala cosa si Sanchís andaba buscándolo, y además cabreado. Más lo estaría cuando supiera que todavía no había cerrado la noticia prometida. Pero, ¿acaso era culpa suya si su informante no se presentaba? Tres noches había acudido inútilmente a la cita en la taberna de Set Portes. En la última ocasión, el asunto se complicó un poco: para hacer tiempo, bebió y jugó unas partidas. Perdió. Convencido de que la suerte no le sería esquivo dos veces en la misma noche, tomó el tranvía y se acercó al hipódromo. Perdió otros quince duros... Y esto se sumaba a los sesenta que por entonces le debía a La Negra, una conocida usurera de muy mala prensa. Había sido la única persona que había accedido a fiarle, y ahora estaba metido en un buen lío. El periódico no le pagaría más adelantos. Le habían dado tantos que tendría que trabajar gratis el resto del año.

Llegó resoplando al piso de la redacción. Coincidió en la puerta con un par de muchachos de la imprenta que le saludaron. Les ignoró y se dirigió al despacho que compartía. Sobre su mesa, atestada de papeles y polvo de las últimas semanas, se mecían unos largos zapatos. El dueño de los mismos se ocultaba tras el periódico de la mañana.

—Buenos días —saludó Fleixa mientras se abatía en el asiento.

Desde el otro lado de las páginas del diario surgió una voz alegre.

—¡Hombre, don Bernat Fleixa en persona! Un honor que se dige aparecer por la redacción.

—Menos coñas, Alejandro.

Alejandro Vives era responsable de la sección de política desde hacía cuatro años. Espigado como una farola, con ojos pequeños y nariz protuberante, se decía que su apéndice llegaba a la noticia antes que él mismo. Solía tener siempre un humor excelente incluso cuando conversaba con Fleixa. Al fin y al cabo, era el único que le aguantaba.

—¿Otra noche difícil?

Fleixa evaluó el sarcasmo de su compañero. Sin inmutarse, Alejandro continuaba su lectura.

—Algo difícil —contestó finalmente —, ¿cómo está hoy Sanchís? —preguntó a su vez, para cambiar de tema.

—Creo que hace un momento te echaba de menos.

—Bien, entonces que siga haciéndolo.

Mientras revisaba los cajones de su escritorio en busca de tabaco, echó un vistazo distraído al ejemplar que sostenía Alejandro. Era la última edición del *Correo*. De repente, se detuvo paralizado. Sus ojos se agrandaron según leía el texto de un breve a una columna en la esquina de la página.

Este pasado fin de semana, entrada la madrugada, un individuo de identidad desconocida ha aparecido flotando en las aguas del puerto. Al parecer, exhalaba su último aliento de vida cuando lo encontraron dos pescadores, que no pudieron hacer nada por el infortunado. El deceso se ha producido, según las mismas fuentes, a causa de un desgraciado accidente acaecido en las inmediaciones del muelle del Lazareto. La policía ha descartado móviles delictivos, de tal modo que ya se ha permitido a la familia disponer de sus restos. Este mediodía se celebra la misa y entierro en el cementerio del Oeste.

La noticia venía firmada por Felipe Llopis.

—¿Dónde narices está mi reportaje?

Fleixa salió del despacho y atravesó la redacción hacia la oficina del director. Se cruzó con varios compañeros que disimulaban sus expresiones jocosas. Sin duda ya sabían que habían sustituido su columna por aquella noticia. Esto le encolerizó todavía más. Sin detenerse a llamar, empujó la puerta acristalada, que con la inercia rebotó contra la pared. Detrás de una mesa llena de pruebas de imprenta, teletipos y ediciones de la competencia, se sentaba un hombre tan corpulento que hacía pequeña la estancia. Levantó la vista y, al ver a Fleixa, entrecerró los ojos y frunció el ceño.

Fleixa inquirió ofendido.

—¿Por qué has sustituido mi crónica?

—La muerte de un centenar de pollos de las granjas de Sans es, sin duda, una noticia

de primera —contestó una voz suave a su espalda.

Sentado en uno de los sillones, un joven vestido con un traje de corte impecable le sonreía. Felipe Llopis llevaba siempre el cabello rubio alisado con aceite y el bigote y la perilla recortados de forma meticulosa, como triángulos superpuestos en su rostro alargado. Sus maneras elegantes hacían palpitar a todas las mecanógrafas de la redacción, y su encanto le había labrado cierto prestigio de hábil periodista entre la profesión. Nadie sabía de dónde sacaba las noticias (antes que nadie). Por este motivo, hacía menos de un año que el *Correo* lo había contratado, robándoselo así a *La Campana*. Fleixa le consideraba un perfecto imbécil.

—Hombre, Llopis, ya decía yo que olía muy mal aquí.

—Debe de ser cosa tuya o de tu cochambrosa chaqueta, amigo Fleixa.

—Oye...

—¡A callar!

El vozarrón de Sanchís reverberó en los cristales de la oficina. Toda la redacción simulaba continuar con su trabajo, pero en realidad estaban atentos a lo que ocurría en el despacho. El director se dirigió a Llopis:

—Felipe, luego hablaremos. Cierre la puerta al salir.

El joven reportero se levantó con elegancia de la silla. Al pasar al lado de Fleixa, le guiñó un ojo. Éste se le quedó mirando mientras apretaba los puños hasta notar las uñas. Sanchís le señaló un asiento.

—*Mecaguendeu*, Pascual, ¿qué es eso de robar mi espacio?

—¡Siéntate y cierra la boca!

El periodista obedeció a regañadientes, aunque hizo caso omiso de la segunda instrucción.

—¿Por qué ese arrejunta-letras aparece en mi columna de sucesos?

—Para empezar es mi columna, no la tuya, como el resto de este maldito periódico. Y ese «arrejunta-letras», como tú dices, consigue noticias. Entretanto, ¿tú qué haces?

—Pronto tendré información del asunto del que te hablé. Estoy muy cerca. Va a ser una bomba.

El director negó con la cabeza y su papada tembló al compás. A Fleixa le recordó a uno de esos perros ingleses tan feos.

—¿Cuánto tiempo hace que nos conocemos? —preguntó Sanchís.

Fleixa se encogió de hombros.

—Mira, me lo pones muy difícil. Vienes a deshoras, trabajas cuando te da la gana, hace semanas que no traes más que historias de relleno... —Le miró casi con pesar—. Nos conocemos hace años, pero jamás te había visto así. Mírate la ropa, los ojos enrojecidos. Apesta. ¿Has vuelto a jugar? ¿Cuánto debes?

Fleixa guardó silencio.

—Te lo voy a decir claro. Estoy sopesando sustituirte. —Señaló con el habano hacia la redacción—. Llopis viste trajes caros y se da aires de señorito. Es cierto que se lo tiene creído, pero se juega el tipo cada día. Va a los sitios adecuados, husmea como un perro y me trae lo que quiero: noticias. Lo mismo que tú hacías no hace mucho. Esto es un periódico, y los periódicos vivimos de publicarlas. Mira Barcelona. Dentro de unos días se inaugura la Exposición Universal. La ciudad está cambiando. El mundo está cambiando y la gente como Llopis viene pisando fuerte.

Fleixa tragó saliva.

—Dame algo de tiempo.

Sanchís movió otra vez la cabeza y redobló el temblor de carnes en su rostro. Luego aspiró sonoramente y colocó sus manos velludas en la nuca. Dejó pasar tanto rato antes de volver a hablar que todo el humo del habano pareció aposentarse.

—Sé que me voy a arrepentir... Tienes una semana, siete días. Ni uno más. Entonces tomaré una decisión definitiva, ¿queda claro? —Le indicó la puerta—. Sal de aquí y, por Dios, date un baño.

Fleixa se levantó y mientras cruzaba la puerta le escuchó murmurar:

—Un periódico, joder, esto es un jodido periódico.

A su paso, los sonidos de las máquinas de escribir y las conversaciones retornaron al ritmo habitual. Fleixa entrevió a Llopis en su escritorio, rodeado de un coro de jóvenes redactores. Felipe le saludó con el mentón. Como respuesta, Fleixa le mostró su dedo

corazón en alto y le dio la espalda. Dentro de su cabeza empezó a sonar una alarma: nada que ver con Llopis, en el transcurso de la última hora algo se le había escapado, algo importante, un detalle, y no conseguía saber de qué se trataba. La resaca y la reciente discusión no le ayudaban a centrarse.

—¿Cómo ha ido? —le preguntó Alejandro cuando entró en el despacho.

—Podía haber sido peor.

Su compañero seguía leyendo el periódico recostado en su silla. En ese momento, Fleixa cayó en la cuenta. Se arrimó hasta su mesa y rebuscó entre sus notas.

—¿Qué hora es? —preguntó.

—¿Cómo? ¿Y tu reloj? ¿Lo has vuelto a empeñar?

—¡Dime qué hora es, coño! —gritó Fleixa.

—Casi la una, ¿por...?

Con un revuelo de papeles, Fleixa salió corriendo por las puertas de la redacción.

The
Ella Sher
Literary Agency

C/ Calàbria, 281. Esc. A, 6^º4^a

08029 Barcelona, Spain

ella@ellasher.com

amaiur@ellasher.com

www.ellasher.com